

LOS VILLANCICOS CHILENOS

P O R

Eugenio Pereira Salas

*
LOS Villancicos de la tradición española, que alcanzaron perfección artística en las delicadas manos de algunos poetas anteclásicos como Juan del Encina, son en nuestro país una de las maneras características con que el pueblo expresa su ingenua religiosidad en homenaje al misterio del Dios Niño, adorándole en el cuadro litúrgico del pesebre y del humilde corral, a tono con el espíritu agrario y la sensibilidad campesina de la sociedad y pueblo de Chile en los siglos coloniales.

La Natividad concebida como espectáculo tiene su origen en Europa, y los investigadores, entre otros C. C. Pollhil en su libro *The Origin of Christmas* (1925), lo deriva de la poética existencia de San Francisco de Asis, quien puso el énfasis de humildad de la Orden de los seráficos mendicantes en la renovación litúrgica del nacimiento de Cristo en el pesebre de Belén.

La tradición remonta a la noche de Greccio donde el santo celebró, el año 1223, la representación gráfica del pesebre. Fué, en efecto, escribe un religioso de la orden, "anno tertio ante obitum suum", tres años antes de su muerte, cuando San Francisco hizo armar el pesebre para prepararse mejor a la devoción y oficio de la misa, y predicó, después de cantar el Evangelio, sobre el Niño Rey.

Se vió entonces, según cuenta la historia, a un niño dormido al que se acercó el seráfico y le despertó con sus requiebros amorosos. Llamaba el santo a este día "festum festorum".

Arraigada esta ceremonia en la vida de los pueblos latinos de Europa, la forma franciscana de celebración de la Pascua de Navidad pasó con los misioneros a los países de Amé-

rica en los años iniciales de la conquista y de la colonización.

Por los datos dispersos que nos han transmitido los primeros cronistas, entre otros el suave Motolinia de México, para 1587, inferimos que la manera primitiva de celebrar la Nochebuena consistió en la representación de Auto Sacramentales, Coloquios o Misterios en el atrio de los templos, en las capillas abiertas, o en su interior, aprovechando los misioneros, especialmente los jesuitas, esta ocasión para ejercitar su pedagogía catequista e incorporar por métodos objetivos, musicales y poéticos, los grandes misterios de la fe católica en el sentimiento religioso americano.

A medida que se van editando las piezas más antiguas del repertorio escénico de América, topamos en ellas con escenas en el fondo idénticas a la que todavía se conservan en Chile en las parroquias aisladas y lejanas. Un ejemplo bastará para corroborar lo que afirmamos. En el *Coloquio de la Natividad del Señor*, escrito por Sor Juana María, en el mundo limeño Josefa de Azaña y Llano (1689-1748), publicado por el historiador peruano Rubén Vargas Ugarte S. J., leemos en su trama sencilla e infantil este diálogo significativo:

SILENO:

Señora, tu Niño lindo
me ha parecido un donaire,
y así te vengo a pedir
no le dejes entrar fraile.
pues no quiero
lo veas algún día capitulero.
Inclínalo a Teatino,
que con eso tendrá lindo destino;
pero ahora, mientras crece,
dale sólo miguitas de leche;
tenle siempre en los brazos,
por si acaso después pasa trabajos;
y sobre todo líbrame de Menga,
porque no hallo regalo que le venga;
le traigo por zarcillos pajaritos
y dice que la matan con gritos

le di mantilla de tela de cebolla
y dice que siempre está oliendo a olla.
Unas chinelas le hice de la oreja de un león;
Si le traigo mistura dice que es basura;
si le hago sortijas de barbas de ballena
dice que para mí sola son buenas.
Y porque le saques ya de este conflicto
te ofrezco de presente mi cabrito.

MENGA:

Señora, aunque desgraciada
y mujer de un mentecato,
vengo a ver al niño un rato
y a traerle mil cositas
y no son más que leche y florecitas.

ANTON:

Yo, mi niño, te traigo una pollita fina
que me la parió ayer una gallina,
y será afortunada
porque nació de pie y enzurronada.

La festividad escénica indicada fué perdiendo su forma teatral, pero encontró un marco popular fresco y espontáneo en las costumbres nacionales. Las monjas de las Clarisas de Nuestra Señora de la Victoria fueron las más celosas guardadoras de estas tradiciones que alcanzaron en el Convento la pintoresca celebración que nos describe el historiador de la orden, el padre Juan de Guérnica:

“Mientras la Rda. Abadesa Oficiaba las Vísperas, para lo cual se le adornaba de antemano el facistol con flores y guirnaldas y se quemaba incienso, las seglares vestidas de gala con trajes de carácter, unas de vieja, con barbas de chivato, otras de huasa, etc., algunas de moño alto, con grandes rosas de cintas de todos los colores, esperaban en la puerta del coro a que terminaran las vísperas; y luego que salían las monjas de dos en fondo en dirección del refectorio, las seguían las

seglares, cada cual con su guitarra, tocando y cantando *cogollos* al Niño Jesús y a la Madre Abadesa. En el refectorio se ponían delante de las mesas unas sillitas de paja en que tomaban asiento las monjas por orden de antigüedad.

A todas las monjas se les obsequiaba dulces, golosinas, helados e, indispensablemente, un cartucho de bolas de dulce de huesillo, lo que por ningún motivo podía faltar. Entre tanto, las seglares se quedaban en el ante-refectorio amenizando la fiesta con música y cantares. En la mesa de la Madre Abadesa se colocaba al Niño Jesús, llamado de los *Aguinaldos*, con la antífona correspondiente escrita con letras muy hermosas en la cuna del Niño. Allí aparecían las seglares disfrazadas, como se acaba de decir, cantándole villancicos y bailándole el catimbao, al son de guitarras, campanillas y tambores”.

La Catedral de Santiago, que mantuvo el prestigio musical de la Iglesia en los años de la Colonia, celebró con todo el esplendor de la liturgia la Novena del Niño Dios, que duraba todo el mes de diciembre y venía a terminar la Nochebuena con la Misa del Gallo.

Los compositores nacionales del siglo XVIII, entre otros el padre Ajuria, el padre Madux, y sobre todo José de Campderros, maestro de capilla de la Iglesia Catedral, sobresalieron por sus villancicos, arreglados al gusto popular de la época, como podemos observar en estos claros ejemplos:

Clarines del alba,
sirenas del mar,
con ecos sonoros
vuestra voz cantad.

En música alegre
el aire alegrad.
que es de nuestro amado
la celebridad

y es justo celebren
la tierra y el mar
al que fué portento
de la Santidad.

Los pajarillos sonoros
que al alba suelen cantar
hoy dupliquen sus gorjeos
por ser gran festividad.

Las marítimas sirenas,
en facistol de cristal,
dulces cánticos tributen
al emperador del mar.

Con amor, pastores, todos
vamos juntos a Belén,
porque dicen que ha nacido
para todos un gran bien.

Vamos alegres, vamos cantando,
vamos unidos, vamos bailando,
porque es muy justo que visitemos
al que ha nacido, que es Rey del Cielo.

Vamos, zagales, todos unidos,
a adorar finos, al que ha nacido,
por ser tan lindo, por tan gracioso,
por ser Dios nuestro, tan poderoso.
Vamos alegres, todos gozosos.

Desde allá del Oriente
han venido los Reyes Magos,
vienen a adorar al niño
y a hacerle milagros.

Dicen que traen grandes tesoros,
incienso y mirra y mucho oro,
todo portento porque os asombre
las maravillas de un Dios hecho hombre.

La ceremonia de Natividad vino en seguida a celebrarse en las casas privadas de las familias santiaguinas, y las ri-

validades sociales llevaron a verdaderas competencias en el adorno de los pesebres. En vano los Concilios Diocesanos prohibieron esta costumbre, principalmente el celebrado por el obispo don Manuel de Alday y Aspee en 1757.

La costumbre continuó ininterrumpidamente hasta la mitad del siglo XIX. Ninguna descripción más acertada de ella que la que nos ha dejado el gran escritor chileno don Alberto Blest Gana en su novela "El Ideal de un Calavera".

"Ciertas familias de mediana hacienda, en las que la piedad cristiana se transmitía de padres a hijos, y en las que las prácticas devotas recibían un fiel y acaso exagerado cumplimiento en todos los días del año, eran las que gozaban de alta reputación en la capital, por los nacimientos que tenían lugar durante el mes de diciembre de cada año. Para esto, en la pieza más a propósito por su extensión, se colocaba una gran mesa, sobre la cual se disponía el nacimiento, compuesto de diversos episodios o pasos, figurando a veces desde la tentación fatal de nuestra madre común, la frágil Eva, hasta algún cuadro formado por los personajes del día, como para marcar las grandes épocas del mundo. El Paraíso con sus árboles en miniatura, Eva junto al manzano de la ciencia, Adán junto a su consorte, y la serpiente pasando la fruta tentadora; las flores, las fuentes cristalinas y los arroyos; los animales, las aves y los insectos, formaban pasos llenos de cándida buena fe. Al lado del Paraíso se elevaba a veces un cerro cubierto de verde hierba, poblado de árboles y de animales, animados, sobre todo, por la presencia de los Reyes Magos, que seguían a la estrella que debía guiarles al agosto pesebre. Este se hallaba con sus divinos habitantes, ocupando el centro del nacimiento, rodeado del gallo, del buey, del asno de la gran leyenda; después otros cerros, otros árboles y otros animales, multitud de flores y frascos de caprichosas formas, cual si se pretendiese hacer una colección. Entre estos objetos veíanse también algunas figuras de porcelana, como pastores con su eterna risa y su guirnalda eterna, turcos y armenios traídos de las casas de los amigos, y por fin, bajo una enramada de la que pendían hermosos frutos como en la edad de oro, un galán y una dama, vestidos a la moda del día, figuraban la presente edad de hierro que nos ha cabido atravesar".

Desde muy temprano, el día 24 de diciembre empezaba a desarrollarse una función de las más bulliciosas. En las iglesias resonaban cantos de toda especie, religiosos, profanos, en medio de una batahola espantosa de gritos y empujones, y de la multitud de niños y hombres que hacían resonar los instrumentos más extraños, los *canarios de lata* que se llenaban de agua, los pitos y matracas que figuraban el canto del gallo, otros el rebuzno del asno, el bramido del toro, etc. Al filo de la media noche se iniciaba la Misa del Gallo, con cánticos de otro género, villancicos que eran tonada de salutación a la Virgen, estrofas dirigidas por algún huaso a la madre del redentor, al presentarles sus modestos aguinaldos.

En los cantos de Nochebuena se integraban la tradición hispánica fuertemente realista con el tono melódico de las tonadas chilenas.

Algunos de ellos chocarían, por su directa simplicidad y naturalismo, a los oídos contemporáneos. La fórmula estrófica era sencilla: cuartetos en que intervenían las potencias celestiales, la Virgen, San José y el Niño y algunos personajes bíblicos, como Herodes, la Magdalena y los Reyes Magos, todos ellos representados en sus más humildes atributos, y designados por los apócopes y sobrenombres familiares. Al igual que en la región de Extremadura, que ha estudiado el distinguido musicólogo don Bonifacio Gil, los que mayor cuerpo tomaron en Chile fueron los villancicos *horarios y numéricos*, "que empezaban en la hora de la una o su cifra y van aumentando hasta doce, o bien avanzando y retrocediendo hasta que se llega a la hora o cifra de las doce". ¡Atisbos sobre su lejano origen podemos columbrar en los siguientes ejemplos comparativos.

Recogido por Bonifacio Gil en Extremadura:

Que van a dar las tres,
veréis al Niño nacer.

Que van a dar las cuatro
veréis del Niño el retrato.

Que van a dar las cinco,
veréis al Niño de Cristo.

Que van a dar las seis,

veréis al Niño y al buey.
Que van a dar las siete
daréis al Niño el rosquete.
Que van a dar las ocho,
daréis al Niño el bizcocho.
Que van a dar las nueve,
veréis al Niño entre nieve.
Que van a dar las diez,
veréis al Niño otra vez.
Que van a dar las once,
veréis al Niño entre bronce.
Que van a dar las doce,
veréis al Niño en pelote.

Recogido por Alfonso Letelier en Aculeo, Chile:

Despierta, Niñito Dios,
a los rayos de la luna.
Ay, Niño Divino,
mi encanto, mi amor,
ábreme las puertas quiero
antes que me den las dos.

Despierta Niñito Dios,
a los golpes del reloj.
No te duermas otra vez.
Abreme las puertas quiero
antes que me den las tres.

Despierta Niñito Dios,
no te duermas con reparo
ábreme las puertas quiero
antes que me den las cuatro.

Despierta Niñito Dios,
a los golpes y a los gritos.
Abreme las puertas quiero
antes que me den las cinco.

Las estrofas de los villancicos o aguinaldos chilenos simbolizan la alegría de la naturaleza, el poder ubérrimo del verano que se acerca y el misterio del nacimiento del Niño de Dios, renovación del ciclo de las estaciones promisorias.

Ante el pesebre, los pastores, los personajes principales en este país de huasos que es Chile, evocan los poderes de la madre tierra que se inclina reverente ante el humilde pesebre.

La vihuela de las cantoras acompaña la presentación de las ofrendas que la naturaleza y los oficios hacen al Niño.

Las aves gorjean la gloria del recién nacido en estos versos:

Las aves en el instante
se entonaron y siguieron,
cantaron cuando lo vieron
al hermosísimo infante.

El tordo cantó ligero,
tan discretas melodías
y al parecer les decía:
Ya es nacido el verdadero.

El chincolito cantaba
en aquel feliz recinto
y los tilos que le armaban
un precioso laberinto.

El manso zorzal cual otro,
cantó sobre aquel Edén,
y conociendo su instinto,
tabaco pidió el pequén.

De las vegas el queltehue
fué a cantarle al Niño Dios;
parece que descifraba
perdónenme mi mala voz.

Estas formas de versificación pasaron a ser un clisé generalizado, y los grandes poetas santiaguinos Bernardino Gua-

jardo, Rosa Araneda, etc., divulgaron en sus canciones urbanas esta remota inspiración poética de la raza:

Ropa le traigo, señora.
Un cuello bien bordadito.
De un cambray de más mejor
al niño le hago un saquito.

Una media docenita
le traigo y son pañales
de franela bien finita
que lo quiero con señales.

Unos cuatro fajeritos
para cuando al niño mude
y un pañuelo si es que sude,
también le traigo un gorrito.

Reciba unos tres cuadritos
de lana bien blanca y fina
de la que llaman averina
le tengo hechos botincitos.

Señora doña María
sabe que se me olvidó
el ajuar que es de piqué,
mañana lo traigo yo.

Los campos también ofrecen sus opulentas primicias, como canta el conocido villancico:

Cebollas de las Barrancas,
le trajo Pedro Llantén
Choclos y porotos verdes
de la hacienda de Lonquén.

Tomates grandes pintones
del Salto trajo la Anchoña
y Chuma se vino al trote
con unos siete capones.

Dos niños de la Regina
están en el corredor;
con diez melones de olor
llegó Pancho de Colina.

Un canasto de verdura
traje yo de lo Campino,
y de Quilicura abajo
muy olorosos pepinos.

La ceremonia pascual terminaba al concluirse la Misa del Gallo. Las cantoras abandonaban la iglesia o el recinto privado. Se cerraban las puertas del templo. Y los fieles reunidos en la ancha puerta, se preparaban para el "esquinazo" o despedida. Manos rudas golpeaban en sus hojas de batiente y, al compás de los sonos de la vihuela, penetraba el pueblo hasta el pesebre, donde se cantaba la despedida:

Señora Mariquita
yo vengo con mucha pena,
porque al Niñito Jesús
se le acabó la Novena.

Adiós mi buen Manuelito
hasta el año venidero
nos volveremos a ver,
cuando engorden los corderos.

Si examinamos la estructura poética de las composiciones anotadas, podemos sin duda alguna rastrear sus orígenes hispánicos, pero en su forma musical el villancico tomó en América un ritmo diferente, asimilándose al sencillo repertorio melódico popular. No existe en verdad una estructura musical constante que individualice un tipo genérico. Uno de los musicólogos que más acertadamente ha estudiado el folklore criollo, Jorge Urrutia Blondel, llega, al respecto, a las siguientes conclusiones: —"el villancico chileno no constituye un género aparte. En el fondo es una tonada o canción con letra alusiva a la Pascua de Navidad, para cuya Novena se canta en las igle-

sias aldeanas frente a un rústico retablo, ofreciendo a la Virgen y al Niño Dios, dones de frutos y cosechas". En su análisis de algunos ejemplos contenidos en el folleto *Aires tradicionales y folklóricos de Chile* nos dice que su forma es muy simple, binaria, de estrofa de frases repetidas, a fin de dar cabida a todos los versos de la cuarteta. Su modo es mayor, compás de 6/8, en armonía de tónica y dominante (*).

(*) Véase el repertorio nacional de villancicos en: *Canciones de Nación del folklore chileno*. Asociación de Educación Musical. Instituto de Extensión Musical.